

Enrique Moreno
Gimeranez

*Otra huella de África.
Un acercamiento a la
influencia cultural de la
esclavitud en Placetas*

Conocido en toda Cuba por sus emblemáticos laureles, sus calles anchas y su posición geográfica distintiva en el mismo centro del país, el municipio de Placetas conserva aún una página relevante y poco conocida de su historia. La esclavitud ha dejado su imponente huella en edificaciones, diferentes generaciones y tradiciones culturales durante varias centurias, conformando así la identidad del pueblo placeteño.

Las prácticas culturales de los negros esclavos procedentes del continente africano han prevalecido con el paso de los siglos de generación en generación en diferentes regiones de Cuba. El componente africano constituye una característica común en la historia nacional que enriqueció las tradiciones e idiosincrasia cubanas desde la etapa colonial. Estos seres humanos, pertenecientes a diferentes pueblos, eran representantes de una gran diversidad cultural. Aunque se les obligaba por la fuerza a abandonar sus costumbres tribales y adoptar las de sus amos, estos hombres trasplantados de su tierra con crueldad solo imitaban exteriormente las costumbres de los propietarios. En realidad, en lo más íntimo no prescindían de las suyas ni tampoco de sus creencias religiosas, de sus cantos y sus bailes.

Sin duda alguna, la convivencia de los españoles con los indios, y después con los negros africanos por un largo espacio de

tiempo, propició un proceso de integración del que nacieron mestizos, muchos de cuerpo y todos de alma: los criollos, según el criterio del analista cultural José Antonio Portuondo (1970). Los complejos procesos étnicos y multiétnicos mencionados sucintamente con anterioridad se desencadenaron desde la propia época de la conquista y colonización españolas y constituyeron la base de la integración sociocultural que está presente en la formación del criollo.

No se trata de la simple combinación de elementos étnicos y culturales diferentes sino de procesos graduales de asimilación, absorción y fusión entre varias unidades étnicas diferentes que pueden estar emparentadas lingüística y culturalmente pero también sin ninguna afinidad por sus orígenes totalmente diferentes. (Callejas *et al.*, 2010: 16)

Aunque las características anteriores que incidieron en la conformación del criollismo primero, y del cubano después, acontecieron de manera similar en las diferentes regiones del país, algunos aspectos de la influencia cultural africana revisten un carácter peculiar en el territorio de Placetas. Sin embargo, dichos elementos no han sido investigados con profundidad por los especialistas y resultan prácticamente desconocidos por la mayoría de los habitantes de dicha localidad. Debido a la trascendencia del tema en cuestión, el presente trabajo se propone sistematizar los aportes culturales de la esclavitud africana en el municipio de Placetas. Para una mayor comprensión del fenómeno analizado deben abordarse de manera inicial los orígenes de la huella africana aún vigente en esta región.

Génesis de la tragedia esclava

Se conoce de la llegada de esclavos a Cuba con anterioridad al siglo XVIII; no obstante, fue esta centuria la de mayor auge para la trata negrera debido a las actividades económicas desarrolladas en la colonia. La necesidad de mano de obra para las labores agrícolas y la producción azucarera provocó que en el año 1790 se declarara libre el comercio de esclavos por la metrópoli española. De esta manera, la trata negrera se convirtió en un próspero negocio para numerosos peninsulares asentados en la mayor de las Antillas.

La raza negra, de repente y en un país extraño, se halló en una condición social extraña también para los más de sus individuos: la esclavitud, sin patria, sin familia, sin sociedad suya, con su impulsividad brutal comprimida frente a una raza de superior civilización y enemiga, que la sometió a un trabajo rudo y constante al que no estaba acostumbrada. (Ortiz, 1975: 4)

El territorio placeteño recibió la influencia del comercio de esclavos a principios del siglo XIX. Desde el año 1814 comenzaron a agruparse vecinos en Guaracabulla, aldea perteneciente a la jurisdicción de Remedios y ubicada en el centro de la Isla. Para el 24 de marzo de 1847 este lugar fue declarado como pueblo y un año más tarde ya trabajaban en él más de treinta esclavos en labores agrícolas y domésticas.

El rápido crecimiento poblacional experimentado en la segunda mitad del siglo XIX en este territorio guarda estrecha relación con el desarrollo económico de toda la jurisdicción de Remedios. La cría de ganado, la cosecha de tabaco, café, plátano y arroz, y la explotación de las minas de cobre de Melonera y El Descanso figuraban entre las actividades económicas en esta época.

Sin embargo, el cultivo de la caña de azúcar constituyó la fuente principal de ganancias de los propietarios de los pequeños ingenios existentes en el territorio. Entre estos destacaban la Caridad perteneciente a la familia Martínez Carrasco, Copey o Laberinto de José de la Cruz Avilés, Vigía de María Abreu Terry y Chimborazo de los norteamericanos Enrique y Tomás Fales.

En este período de mediados del siglo XIX se asientan en Guaracabulla y cerca de las tierras de lo que después sería el pueblo de Placetas, importantes azucareros matanceros. Estos propietarios llegaron al territorio en busca de tierras más fértiles que las de Matanzas y Cárdenas y trajeron consigo dotaciones enteras de esclavos desde sus demolidos ingenios a la zona placeteña.

La entrada clandestina de bozales en el movimiento interno de estos desde Matanzas representó la principal fuente de aprovisionamiento de esclavos para el territorio. Rolando Ladrón de Guevara (comunicación personal, 10 de enero, 2014), director del Museo Municipal, señaló en una entrevista realizada para este trabajo:

[164]

Desde los inicios de la fundación del territorio, Placetas fue poblada por el negro africano. Vinieron desde antes a otros lugares del municipio para las labores domésticas, pero en la década de 1850-1870 llegan ricos terratenientes y dueños de ingenios de diferentes lugares del territorio nacional, fundamentalmente desde Matanzas, con sus dotaciones enteras de esclavos para los quehaceres de la industria azucarera.

Estas razones contribuyeron a la formación de nuevos y poderosos ingenios en el territorio tales como: Asunción, propiedad de los ricos hacendados norteamericanos Juan Smith y Juan Wilson; Flor del Cayo, perteneciente a Vicente La Vallete; y San Andrés, de José Martínez-Fortún y Erlés. Consecuencia de la expansión azucarera resultó la construcción del ferrocarril desde 1848, bajo la dirección del ingeniero Aron B. Lewis. Estos hechos convirtieron a Guaracabulla en uno de los partidos fuertemente azucareros de la región central de la Isla.

Algunos historiadores se han cuestionado el tipo de esclavitud existente en el territorio en este período histórico. Dadas las características de la época todos coinciden en que después de 1850, debido a la expansión azucarera y la irrupción en el área de los grandes terratenientes procedentes de Matanzas, se produjo un notable incremento de la producción de azúcar; por tanto, es lógico suponer que para esa época predominara el tipo de esclavitud de plantación.¹

Debido entre otras causas a la concentración de ricos terratenientes y propietarios de ingenios en la zona de Placetas y a las condiciones favorables del lugar, el coronel José Martínez-Fortún y Erlés concibió el proyecto de fundar un pueblo. Así, el 1.º de enero de 1879, luego de varios años de gestiones, quedó constituida Placetas.

El terrateniente Don Julián Zulueta y Amondo devino el máximo exponente de la trata negrera en el territorio. Este hombre alcanzó altísimo prestigio en la sociedad colonial, ocupó importantes cargos en el gobierno de la Isla y fue el único tratado

¹ A esta conclusión arriban un grupo de historiadores e investigadores del municipio como: Rolando Ladrón de Guevara González, Felicia Crespo Barrera, Rosa María García Mena y Geidy Pita Pérez en el libro *Historia de Placetas*, en proceso editorial.

como «excelentísimo señor» en el Partido de Guaracabulla, según los libros parroquiales.

Varios estudiosos refieren que Don Julián Zulueta poseía medios de transporte para el comercio de esclavos desde África hasta las costas cubanas. Alberto Cubas Pérez (comunicación personal, 11 de enero, 2014), trabajador de la Casa de la Cultura del batey Benito Juárez y estudioso de la vida de este terrateniente, manifiesta que este hombre tenía numerosos barcos para traficar con los seres humanos cazados salvajemente en África; en cada embarcación traía más de mil esclavos para sus plantaciones azucareras y, por ello, fue uno de los mayores tratistas de Cuba. Otros investigadores coinciden en que este rico terrateniente fomentó el tráfico y la introducción clandestina de esclavos en la región central de Cuba. Héctor González Fuentes (comunicación personal, 10 de enero, 2014), trabajador del Sectorial Municipal de Cultura de Placetas e investigador de los temas afrocubanos, destaca que:

Los estudios antropológicos realizados a los descendientes de los esclavos del municipio confirman que sus ancestros entraron como esclavos por el ingenio San Rafael en la localidad de Remedios por un puerto que se denominaba Tesico. La tradición oral unida a la evidencia de que Don Julián Zulueta tenía barcos negreros corrobora que los esclavos arribaron también a Placetas producto de la trata negrera.

Los cuantiosos recursos obtenidos en esta actividad fueron destinados por Don Julián a la construcción de un importante patrimonio azucarero en la región de Zaza, localizada a cuatro kilómetros al este de la ciudad y actualmente enclavada en el batey Benito Juárez.

Vestigio arquitectónico en el municipio

Dicho conjunto arquitectónico, una muestra del poderío económico de la sacarocracia de la región, estaba conformado por la iglesia, el alambique, la escuela de varones, la enfermería, el ingenio y la casa de la familia. En el mismo sobresalía el barracón de esclavos como símbolo de la opresión y el encierro de los seres humanos empleados para el corte de caña y las labores domésticas.

Este barracón fue construido a 150 metros de la casa de la familia y en forma perpendicular a esta para que el hogar del dueño no recibiera el olor de los esclavos. Contaba con seis naves, cada una con quince cuartos, lo que hace un total de noventa habitaciones destinadas a albergar la dotación de cerca de 385 cautivos, además de las pertenecientes al cepo, al mayoral y al contramayoral (Martínez, 1991).

Para evitar la huida de los esclavos del barracón, los muros eran sólidos y tenían tres puertas de entrada y solo una de salida, las cuales se cerraban con fuertes cadenas de hierro después del toque de oración en la noche. Unido a esto, la situación sanitaria era pésima, exacerbada por la mala ventilación e iluminación de los cuartos con 3,2 metros de ancho por 4,7 metros de largo. Los albergues solo presentaban como mobiliario unas hamacas amarradas a los rieles empotrados en las paredes.

A diferencia de las habitaciones anteriores, las del mayoral y el contramayoral poseían suficiente espacio, claridad y ventilación. Estas últimas contaban con un balcón voladizo apoyado en las vigas de las galerías para mantener vigilados desde arriba a los africanos.

Las construcciones de los capataces constituían fiel exponente de la arquitectura colonial cubana. En el artículo «Cinco decenios de teoría de la arquitectura en Cuba», el analista Roberto Segre (1980) afirma que, de forma general, las edificaciones de este período contaban con «techos mucho más evolucionados que los mudéjares españoles, muestran decoraciones en base a lacerías, estrellados, entalladuras y abilletados, fundamentalmente, en tirantes y cornisas» (: 24).

Los esclavos estaban obligados a trabajar durante todo el día y posteriormente acudían al barracón para descansar. Estas personas eran víctimas de maltratos físicos y castigos inhumanos como azotes y torturas, o llevados al cepo para cumplir distintas penitencias. La barbarie del sistema a que se encontraban sometidos, los abusos de los mayorales y la dramática situación de sus albergues convertían al ingenio Zaza en un verdadero infierno para estos seres humanos. «La condición moral y social de la isla de Cuba, parece que ha declinado bajo la influencia de la esclavitud [...]. El plantador español se ha hecho más cruel e inmoral» (citado por Leroy, 1902).

De esta forma, el desarrollo de la civilización colonial obraba sobre el tratamiento de los esclavos con menos eficacia que la deseable, según plantea Alexander von Humboldt (1827). Producto de la crueldad a que estaban sometidos, a la casi inexistente atención médica para los enfermos y a las largas jornadas de trabajo, buena parte de los esclavos fallecían antes de cumplir los quince años. Entre las enfermedades más frecuentes recogidas en los libros de defunciones aparecen la disentería, las afecciones pulmonares debido a la humedad de los barracones, la raquitis, el espasmo, el tétanos, el paludismo, entre otras.

Desde 1817 hasta 1885, Placetas recibió 1 714 esclavos, de acuerdo con datos del Museo Municipal. La mayoría de ellos pertenecían a las etnias congo, gangá, lucumí, mandinga, carabalí e igo. No obstante, resulta imprescindible tener en cuenta que estas denominaciones de la procedencia de los esclavos eran muy inexactas en esta época histórica, según reconoce el antropólogo y etnógrafo cubano Fernando Ortiz (1975). Así señala acerca de la denominación de los guineos:

Nombres demasiado genéricos, entraron en Cuba numerosos negros de diferentes comarcas, como son los de la llamada costa de los esclavos y otros. Esta denominación es muy imprecisa y se usó para los negros de todo el golfo de Guinea, cuando no se quería o no se podía usar otras especificaciones. (: 8)

De esta masa de esclavos, el mayor porcentaje eran hombres jóvenes y adultos. La reproducción forzada fue fomentada debido al ahorro económico que esta representaba para los propietarios en comparación con los elevados precios de la compra en el mercado negrero. Sin embargo, los que estaban obligados a trabajar en las labores azucareras padecían la barbarie de sus propietarios día tras día en los cortes de caña, ingenios y barracones. Pero los africanos debieron enfrentar también severas penitencias religiosas tras su llegada a las haciendas de sus amos.

El rastro de la religión del viejo continente

Cazados en su propia tierra, trasladados como mercancías en barcos negreros y llegados a Cuba para obedecer las órdenes de sus amos, los esclavos fueron obligados a abandonar sus

creencias ante los ojos de los peninsulares y a abrazar el catolicismo. El proceso evangelizador sobre los africanos comenzaba con el bautismo. Estos seres humanos eran designados por el nombre, casi en su totalidad extraídos del santoral católico, seguido del apellido del propietario o el lugar de procedencia.

La primera partida de bautismo de un negro esclavo en el territorio aparece el día 15 de abril de 1817, de acuerdo con libros de la parroquia de San Atanasio de Placetas, los cuales aún se conservan en el archivo de dicha institución religiosa. Eloy Bacallao (comunicación personal, 10 de enero, 2014), trabajador del Archivo de la Iglesia Católica del municipio, precisa que:

[...] en esta iglesia parroquial se conservan desde su fundación la historia del bautizo, matrimonio y fallecimiento de los esclavos africanos traídos desde 1817. La constancia de la administración de los sacramentos quedaba registrada en libros preparados al efecto que eran anotados por el propio sacerdote que estaba a cargo de la parroquia.

La Guerra de los Diez Años constituyó el catalizador para la abolición definitiva de la esclavitud. En Placetas, este proceso se desarrolló de forma paulatina. La compra por el padre, la voluntad del amo, el buen servicio de la madre y las diferentes leyes dictadas por la administración colonial representaron las principales causas de las liberaciones. El 7 de diciembre de 1885 apareció en los libros de la Iglesia el último negro «libre patrocinado» inscripto.

No obstante, resulta válido señalar que el negro africano fue traído a Cuba en la más completa desnudez física y psicológica. Varios etnógrafos señalan los rasgos psíquicos de esta raza subyugada, especialmente de los esclavos bozales:

Un niño grande, entregado a la impresión del momento y absolutamente esclavo de sus pasiones. Así, se manifiestan en él las contradicciones más sorprendentes en su conducta. Es ligero, inconsistente, alegre, reidor, amante del placer con frenesí, loco por el baile, el ruido y los vestidos chillones y llamativos. (De Rialle, 1880: 58)

Sin embargo, el investigador Fernando Ortiz (1975) añade que la brutalidad sufrida por estos seres humanos en Cuba, la

opresión con los tratamientos crueles y de rigor inflexible y el contacto con civilizaciones para ellos nuevas y superiores, entre otros factores, produjeron cambios en esa psicología africana hasta llegar al negro criollo actual, uno de los más progresistas moralmente de nuestra América.

Aunque fueron obligados a adorar a otros ídolos religiosos, los africanos y sus descendientes jamás renunciaron a sus creencias. El sincretismo de su tierra natal prevaleció por encima de castigos y el paso del tiempo. Frente a la violenta introducción de los esclavos en el territorio cubano y sus inhumanas condiciones de vida, la religión les aseguraba unidad para subsistir, un mundo distinto a la hostilidad existente a escala social y refugio espiritual y material en la colectividad de la familia religiosa (Rivero, 2013).

En Placetas, como en otros lugares de Cuba, se destaca la presencia del Palo Monte y la Regla de Ocha. Sin embargo, el lombo, manfula o lombanfula también reviste gran importancia por su peculiaridad y existencia solo probada en Camajuaní, Remedios y Placetas, según plantean varios especialistas. Héctor González Fuentes (comunicación personal, 10 de enero, 2014) afirma en tal sentido:

El lombanfula para la región central de Cuba es algo muy específico y se diferencia de otras prácticas religiosas como el Palo Monte o la Regla de Ocha. Su tronco lingüístico proviene del bantú pero sus particularidades son diferentes, la evidencia es contundente. La fisonomía de sus practicantes se caracteriza por su estatura baja y fornida y su carácter dulce, pensativo y desconfiado. Estas descripciones coinciden con las de Fernando Ortiz sobre los esclavos Congo.

Las prácticas religiosas de los esclavos enriquecieron el ajiaco de la cultura popular del pueblo placeteño. Los africanos trajeron consigo sus instrumentos musicales y sus pintorescas celebraciones que matizaron con nuevos aires la identidad del municipio. En Placetas, a diferencia de otros territorios, existió celebración del Día de Reyes con regalos como caramelos y juguetes para los niños que los acompañaban en los recorridos tocando alrededor del parque de la ciudad. A diferencia de otros municipios donde se recibían obsequios, en la localidad se hacían regalos a los participantes en las celebraciones.

Sin embargo, las creencias afrocubanas también aportaron a los bailes y a las costumbres culinarias de Placetas. Esta influencia cultural permanece vigente en distintas tradiciones de las familias de la localidad.

Bailes y culinaria de herencia africana

Toda una amalgama de cantos, vestuarios, ritmos y platos para sus ídolos conformaron la huella esclava en el territorio. Nilda Varona (comunicación personal, 10 de enero, 2014), estudiosa de estas cuestiones folclóricas, expresa la singularidad de estos elementos en la Villa de los Laureles:

El calalú es un plato realizado con los sobrantes de las comidas de los animales sacrificados, todo se mezclaba en una caldosa y se le agregaba quimbombó. Este plato es típico de Placetas. Por otra parte, el aguardiente con miel de abeja y ramitas de hierba buena se servía en jícaras en las actividades. Los tamales se envolvían en hojas de plátano, sazonados o sin sazonar.

Sin duda alguna, cada uno de estos elementos sustentaron la identidad del municipio con el paso de los años. No puede mencionarse ni la historia ni la cultura de la localidad separadas de la imponente huella de los antepasados del continente africano. Estas tradiciones se han enraizado en las costumbres populares y aunque la época actual resulta diferente de las anteriores centurias, la esencia de la tradición africana permanece inalterable entre sus practicantes. La especialista en Estudios Culturales María Julia Martínez Alemán (comunicación personal, 10 de enero, 2014) reconoce cuánta relevancia ostenta la huella esclava para el territorio placeteño en la actualidad:

Ya después de la libertad de los esclavos, las tradiciones culturales de los africanos y sus descendientes contribuyeron enormemente a la formación de la identidad del pueblo placeteño. Esto se evidencia en los cantos de cuna, la religiosidad popular y principales fiestas de origen africano como los Bembés que aún se celebran de raíz netamente africana.

Otro elemento distintivo en la cultura municipal fue la existencia del Conjunto Folclórico de Placetas. El mismo contribuyó

al arraigo de las tradiciones danzarias legadas por los africanos entre los pobladores y exhibió un repertorio diverso y un compás diferente respecto al que se bailaba a nivel nacional por realizarse a contratiempo. Su fundadora Nilda Varona (comunicación personal, 10 de enero, 2014) destaca que tras asistir a varios bembés, decidieron crear un conjunto con el baile de la rumba diferente, a contratiempo, con la participación en festivales nacionales. No obstante, dicha agrupación danzaria recibió muy poco apoyo, lo que incidió en su desintegración tras alcanzar notables reconocimientos.

Sin duda alguna, en este territorio de la región central del país permanece vigente la huella de la esclavitud africana; ello se percibe en la vida cotidiana de sus pobladores. Más allá del palpable rastro arquitectónico conservado en los alrededores del antiguo ingenio Zaza, platos como el tamal envuelto en hojas de plátano o el calalú demuestran la influencia cultural africana en otros aspectos como el culinario. Por otra parte, el conjunto de las festividades religiosas de la Villa de los Laureles se ha matizado con las prácticas del lombanfula y el baile de la rumba a contratiempo, heredados del folclor africano.

Cuentan que todo viajero que llega a Placetas tropieza con una huella visible en libros de historia, tradiciones orales de sus habitantes, costumbres religiosas y culinarias y festividades; una huella que prevaleció con el paso de los siglos y llegó hasta la Villa de los Laureles desde el otro lado del Atlántico. Contra ella se levantó el látigo español, la cruz del catolicismo colonial y las discriminantes leyes de la metrópoli, sin que pudiera ser borrada. En este lugar de Cuba permanece aún otra huella de África.

BIBLIOGRAFÍA

- CALLEJAS, S. et al (2010). *Historia de Cuba*. La Habana, Cuba: Editorial Pueblo y Educación.
- DE RIALLE, J. (1880). *Les peuples de l'Afrique et de l'Amérique (notions d'ethnologie)*. París: Francia: Bailliere et cie.
- LEROY, P. (1902). *De la Colonisation chez les peuples modernes*. París, Francia: Guillaumin.
- MARTÍNEZ, M. (1991) *El barracón del Ingenio Zaza*. Placetas, Cuba: Museo Municipal de Placetas.

- ORTIZ, F. (1975). *Los Negros Esclavos*. La Habana, Cuba: Editorial de Ciencias Sociales.
- PORTUONDO, J. (1970). *Los comienzos de la literatura cubana*. La Habana, Cuba: Editorial de Ciencias Sociales.
- RIVERO, G. (2013). El autodesarrollo comunitario y el desempeño de las familias religiosas de la Regla de Ocha. *Islas*, 55 (172), 93-106.
- SEGRE, R. (1980). Cinco decenios de teoría de la arquitectura en Cuba. En *Pinceladas de la arquitectura cubana*. La Habana, Cuba: Editorial Ciencias Sociales.
- VON HUMBOLDT, A. (1827). *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. París, Francia: Casa.